

FACTORES DEL PAISAJE YECLANO

EL cerro del Castillo domina la tierra yeclana en todo su circular contorno. Es un paisaje vario, de gran serenidad en el atardecer septembrino. El caserío, la vega, los viñedos y olivares, las carreteras, las sierras próximas y lejanas, las dispersas labores que salpican con sus tonos blancos o pardos la llana extensión, le dan esa variedad, policromía y grandeza, sin olvidar el cielo despejado, azul, propio de un país alto y seco.

LAS SIERRAS

Al norte las rugosas eminencias de La Magdalena, Las Atalayas, Los Gavilanes; todas estas sierras y lomas con su aspecto ruinoso y tonos ocre, como El Arabí de pétrea cornamenta dirigida al límpido cielo.

Al mediodía El Serral, El Serratejo, La Sierra de Salinas, más lejos al suroeste, el grandioso, El Carche. Las dos primeras de perfiles agudísimos, verdaderas sierras, dentadas, agrias, secas. La de Salinas presenta una masa alomada, oscura, como un macizo murallón, cubierta de pinos, entre su verdura las pinceladas alegres de Las Colonias. El Carche se vé lejano y gris, culminando sobre toda la orografía yeclana.

Las Pansas con sus gibas o panzas, perpendiculares al Serral.

Al poniente El Castillejo y Los Picarios, que elevan sus tres picos azules, cerrando por este lado el horizonte.

Los amesetados Altos de Caudete al este, con la sierra del Cuchillo avanzando, con audacia y dureza, su afilada cresta sobre el paisaje blan-



de y ameno de la vega. Cerca se advierte el perfil clásico de un circo de erosión. Las Moratillas, achaparradas y de suave relieve.

Se divisa al sureste, en la lejanía, la mancha rojiza del caserío de Viar, con la masa cuadrada, maciza, de su imponente castillo. Más al oeste el puerto de Viar. Por último, como telón de fondo, la azulada Mariola, cuyas cumbres apenas se dibujan entre la neblina del atardecer.

LA VEGA

Es una tierra oscura, bien cultivada, cubierta de amarillentos maizales y de verdes vivos del alfalfar, que dibujan concreta geometría. El tapiz vegetal de la vega, suave, cuidado, contrasta con el pardo y seco de las sierras próximas de agrestes perfiles y con los caseríos labradores, que se levantan policromos en la extensa gleba.

Macizos de oscuros olmos ponen melancolía en este paisaje lleno de paz, más ascético que sensual.

Las circulares líneas de las pequeñas eras, destacan la amarilla superficie entre tierras rojizas, ya más altas y próximas al caserío.

LAS CARRETERAS

Las líneas calizas de las carreteras parten radiales del caserío urbano y se alejan, para alcanzar las salidas de este valle anchuroso, vario y singular. Se alargan y estrechan hasta perderse en el horizonte. Las carreteras fijan el suelo, como gigantescas cintas blancas que le atasen.

Van los carros carreteando, lentos, por los polvorientos caminos, cubriéndose poco a poco de su blancura, sonoros, en caravana, transportando, ahora, paja en las hidrópicas bolsas de red.

LAS LABORES

Las casas de labor representan el caserío disperso, con sus revocos de yeso amarillo-pardo, con las gratas torrecillas de los palomares, que les dan esbeltez. El culminante palomar, de vanos triangulares, es nota singular en el campo yeclano.

Un grupo de árboles rodean la casa labriega dando variedad a sus alrededores; después los viñedos en sazón, ya amarillos, y la tierra ce-



real, extendida, horizontal, cruzada por estrechos caminos. Alguna mancha verde declara la presencia del agua.

Por un momento el ruidoso vuelo de las palomas rompe el silencio labriego.

EL CERRO DEL CASTILLO

Sobre su ladera oriental se alza el primitivo núcleo urbano; se llega a la cima a lo largo de *los pasos*, calzada construída a finales de la pasada centuria. Es un paseo delicioso y popular. Cerca de la cumbre la ermita y su terraza señera, avizorante.

El cerro, por este lado, está cubierto de cuevas, de casas y de pinos. Por el occidente es mustio y reseco. Coronan el cerro las venerables ruinas de una fortaleza arábica, de la que apenas quedan trozos pequeños de torres y murallas.

El cerro lanza hacia el llano sus contrafuertes de agria topografía, cubiertos de viviendas, como el Cerro de San Juan, de San Bartolomé, La Serratilla, en dondè se aloja uno de los barrios más bravos de Yecla.

EL CASERIO URBANO

Se inclina de norte a sur, con pendientes calles, en general estrechas, siendo anchas las que se orientan de este a oeste.

El eje del caserío lo dá la vieja calle de San Francisco, que pone en comunicación la parte alta con la llanura, siendo perpendicular a la carretera de Murcia.

Es un conjunto apretado, con escasos vacíos. Los tonos azules contrastan con los pardos tejados y fachadas de yeso. En los barrios antiguos y populares el azul es el color dominante.

La masa urbana se abre triangular desde media ladera hasta la llanura, que va siendo rebasada, al mismo tiempo que los extremos del caserío se ciñen a los pies del cerro, como en un intento de cerco. Los barrios altos se reducen, en gradual y lógico abandono.

El caserío yeclano evoluciona en la actualidad dejando la zona montañosa e instalándose en el llano, siguiendo el proceso normal de las poblaciones de su tipo. Pero observamos paralelamente una curiosa repoblación estacional en las partes altas del cerro del Castillo, que pudiéran-



mos llamar la zona residencial de Yecla, con casas-cuevas del mayor interés ubicadas en el borde montañoso de los pasos o de la moderna carretera.

El caserío destaca pardo-azul de los verdes de la vega regada, de la mancha ocre-obscura del *granillo*, puesto a secar, y del tono apagado de los olivares.

Sobre las viviendas, apretadas, culmina el agudo chapitel rojizo y piramidal que remata la torre Vieja, cuadrada, maciza y gesticulante y la ampulosa cúpula, de blanquiazules fajas en caprichosa espiral, de La Concepción. Resulta la cúpula pesada, contrastando con la línea más elegante de la torre Vieja. El caserío moruno está pidiendo a voces la esbeltez del alminar.

LAS CALLES

Las calles, orientadas de levante a poniente, son anchas, manchegas, largas, bordeadas de viviendas bajas. Las que descienden del castillo a la llanura conservan la fisonomía medieval, se las llama *callejones* y son como grandes peldaños de una gigantesca gradería que nos traslada de la pina ladera a la llanada, cuyos rellanos serían las calles perpendiculares a esos callejones.

El arroyo de estas calles es terrizo, aflorando el lecho rocoso del cerro en donde se asientan, por los sucesivos barridos. Las aceras de cemento labrado o de grandes lanchas de caliza, nos ofrecen su pulcra limpieza. Han sustituido las aceras al antiguo talud defensivo conocido por *lambor*.

Las calles de los barrios altos son estrechas, de incipiente urbanización, pintorescas, morunas, con variadas rampas que dan acceso a las viviendas.

La toponimia urbana revela el pasado de algunas de sus calles, que concervan el viejo nombre tomado de algún detalle o de la varia actividad. Así reflejan antiguos plantíos como las calles de *Los Perales*, del *Olivo*, de *La Rosa*, de *Las Parras*, del *Pero*. O de la dedicación de un edificio tomaron nombre la calle de *La Tercia*—en donde se cobraba este impuesto—de *La Carnicería*, de *La Aduana*—era Yecla fronteriza con Aragón—, de *Boticas*, del *Reloj*. Otras quedan de la superada artesanía: de *La Jabonería*, de *La Alfarería*. También la típica hagio-toponimia: ca-



lles de *San Francisco*, de *San Felipe*, de *San Bartolomé*. Otras reflejan su topografía, situación, forma: así, calle del *Cerro*, de *La Rambla*, *Camino de Murcia*, *Once Vigas*, de *los Muertos*, del *Peligro*, de *Sal si puedes*, *La Corredera*, *Callejón de los Burros*.

LAS PLAZAS

En un conjunto de máxima concentración urbana como es Yecla, los vacíos interiores o plazas son escasos y reducidos, salvo la moderna plaza, situada en la zona llana. Están todas casi en la misma línea, sobre el eje de San Francisco.

De alto a bajo y de mayor a menor antigüedad, la primera se localiza al pie de la dominante ermita. Otra, más que plaza, barbacana, se extiende ante la iglesia Vieja. Llena de carácter vemos hoy la del Ayuntamiento, dedicada al diario mercado de abastos. La encuadra la noble tachada de las Casas Consistoriales y restos de pesados soportales; es como un rellano apenas se inicia el descenso del cerro.

Frente a la nueva basílica de La Asunción, de imponente aspecto catedralicio, lateral a la calle de San Francisco, hay una pequeña plaza cuadrada, encajonada, en donde se levanta la Cruz de los Caídos.

Por último en el llano, la plaza moderna, con arbolado, quiosco para la música, estanque y, no podía faltar, un busto de Azorín. Completan el exorno bancos y palomas. Resulta amena y provinciana. Esta plaza y el final de San Francisco, a pesar de su excentricidad en cuanto a su situación, resumen la vida yeclana. Aquí se abren los establecimientos comerciales, de recreo y espectáculos de más interés. En sus proximidades se instala la feria y se pasea los domingos.

LAS CASAS

Son las viviendas de exteriores sencillos, con abundante balconaje y grandes ventanas. Más grandes persianas tapan los generosos huecos para evitar el polvo, las moscas, la cegadora luz; son de madera, pesadas, de no fácil manejo, en los barrios altos son de caña delgada. Constituyen las persianas motivo singular del paisaje urbano.

Las casas de dos pisos, aunque se ven muchas de una sola planta y excepcionalmente de tres.



Las fachadas enlucidas con yeso, toman por el viento y el sol un tono moreno-rojizo, se cuartea el revoco, dando una sensación descuidada o ruinoso.

Otras fachadas suelen estar pintadas, siendo los colores usados el amarillo, rosa, obscuro y sobre todo el azul. El azul es el grato color yeclano, optimista, pulcro, vistoso.

Portones, llamados *pórtigos*, completan los huecos de la casa labradora, con la ventana para el servicio de la bodega. Suelen abrirse aquellos en la parte de la calle orientada al norte o a un callejón. A la parte que mira al sur, como en La Mancha, se abre la puerta principal.

Las viviendas de los altos son pequeñas, bajitas, de una planta y una sola puerta, estrecha, cuadrada. Son humildes, limpias, con tiestos de flores, geráneos principalmente, colgados de sus paredes exteriores. Aquí las chimeneas arrancan del suelo, grandes, destartaladas y van señalando en diferentes niveles la varia topografía en donde se asientan estas casas-cuevas, con frecuencia, parte de ella excavadas en la roca.

